

A la ida a Lisboa y al regreso de la misma, ha pasado por nuestra provincia el tren «Talgo», despertando la curiosidad del público que con el exclusivo objeto de verlo aflúa a las estaciones de tránsito.

Y ya que hablamos de curiosidad, recogemos la novedad mundial de los «platillos volantes», que dicen haber sido vistos en nuestra ciudad por algunas personas. ¿Realidad? ¿Fantasía? Quede la contestación como los famosos «platillos», en el aire.

Recientemente han visitado nuestra región treinta estudiantes suecos de la carrera de Comercio, que recorren España en viaje de estudios.

También una expedición de la Sección Femenina de Salamanca, ha visitado Guadalupe, Mérida, Plasencia, Cáceres y Yuste.

Organizada por los artistas Pérez Comendador y Valverde, y el profesor Lafuente Ferrari, bajo el patrocinio de la Dirección General de Relaciones Culturales, se ha inaugurado en El Cairo, la «Exposición de arte español», compuesta de unas trescientas obras de pintura y escultura, entre cuyos autores figuran el escultor Pérez Comendador y su esposa la pintora D.^a Magdalena Leroux de P. Comendador, y los pintores Hermoso y Covarsí. Como se observa la representación de artistas extremeños es muy lucida por su calidad, y el éxito alcanzado rebasa todos los cálculos que se hicieron.

La compañía teatral de Joaquín Dicenta (hijo) en su gira por Extremadura, ha dado una representación especial de «Las mocedades de Hernán Cortés», en la amplia plaza de Medellín.

En Madrid, con estimable éxito, se ha estrenado el espectáculo «Fiesta y romance», en el teatro Calderón; la música original del maestro Solano ha sido elogiada por la crítica especializada.

De nuestro director, Sr. Romero Mendoza, hace justos elogios el Sr. Gazul que reconoce «la sinceridad y la sapiencia de su crítica», y admira «su sólida preparación humanística y sus profundos conocimientos filológicos», considerando muy loable y orientadoramente eficaz su crítica. Como conocedores de la modestia que adorna a nuestro director tan solo nos limitamos a recoger lo que otros dicen.

Uno de los valores extremeños más sólidos en el campo de las letras, es nuestro colaborador Enrique Segura, autor de obras de aquilatado mérito, espíritu abierto y generoso, que no solo se limita a temas regionales o nacionales, sino que ha sabido tratar con especial cariño cuanto se relaciona con el país hermano de Portugal, como lo prueba su contribución, única importante española, al centenario de un gran novelista lusitano, con la obra biográfica «Vida de Eça de Queiroz», tan justamente alabada por la crítica y saboreada por los lectores. Pues bien, como reafirmación de la valía de nuestro ilustre colaborador, recogemos complacidos la noticia publicada en la prensa española por el cronista Augusto Assia, de que el suplemento literario del «Times» londinense, ha destacado recientemente un trabajo de Enrique Segura sobre Francisco Valdés.

CURIO O'XILLO



AL MARGEN DE LOS LIBROS

TEMBLA cada vez que cojo la pluma para juzgar un libro de versos. ¿Cabe mayor sinceridad que ésta? Casi todos los poetas que me honran al enviarme sus poesías, son excelentes amigos míos. ¿Qué desearía yo—bien lo sabe Dios que está en los cielos—sino tributar a cada uno los más encendidos elogios? Abro, lleno de impaciencia, el libro. Lo leo y lo releo. Tengo por hábito leer con un lápiz en la mano. (No se me haga la injusticia de pensar, que para cazar gazapos. El lápiz lo mismo subraya una incorrección gramatical, un neologismo innecesario, una *errata* de esas que no es justo echarle la culpa al cajista, como un bello pensamiento, un afecto delicado, una imagen de peregrina hermosura, una comparación verdaderamente poética y felicísima). Prosigamos. Si el libro es bueno o bonísimo a mi juicio, me tengo ese día por el hombre más dichoso del mundo. Si los versos no pasan la línea de la medianía ¡qué sudores! ¡qué dolor! ¡qué terrible inquietud! Los escritores, salvo rarísimas excepciones,—*exceptio probat regulam*—somos muy vanidosillos. ¿Quién prefiere la censura al elogio? ¿Quién no desea que vuelquen en su honor todos los ditirambos que tiene en sus páginas el Diccionario? Si en tal situación enmudeciéramos, nuestro silencio se interpretaría como una descortesía y hasta no faltaría, quizá, quien atribuyese a envidia o poco menos, nuestra respetuosa resolución de no decir nada ante lo que estimamos un fracaso. Y si nos decidimos a formular un juicio: ¿qué debe de hacerse, disimular nuestros pensamientos, pues según Talleyrand las palabras no sirven más que para eso, o llamar al pan, pan y al vino, vino? Ésta segunda conducta, que es la que honradamente seguimos, nos ha proporcionado ya serios disgustos. Pero no hemos de apartarnos de ella, pese a todos los pesares. El magisterio de la crítica impone grandes sacrificios. «Calla corazón», hay que decir muchas veces.

El trance del crítico se agrava porque jamás hubo entre las llamadas escuelas poéticas, desde que el hombre escribió renglones cortos, o más aún, desde que confió los versos a la memoria, diferencias tales como las que resultan hoy de comparar la poesía actual con cuantas, a lo largo de los siglos, la precedieron. Caracterízase el presente movimiento poético, en lo que pudiéramos llamar sus epígonos más exagerados, por cierta oscuridad de las ideas y de los afectos, nacida más que de una espontánea explosión lírica, de un acto deliberado y rebuscado. Nos explicamos perfectamente el estado de ánimo de un poeta actual. ¡Se han compuesto ya tantos versos! Aquel *nihil novum sub sole* del Eclesiastés, tiene ahora una trascendencia verdaderamente dramática. Si entonces se negaba en términos tan rotundos la originalidad del ingenio humano, ¿qué pensar hoy de tal cosa, si cada hora que pasa, y ya han pasado horas, es más difícil y peliagudo, por no decir imposible, hacer algo nuevo, bien por lo que se refiere a las ideas y sentimientos, bien por lo que toca a la forma?

Pero si en sucesivas etapas literarias los ingenios rompieron con tales o cuales particularidades precedentes, animados de ese noble prurito de originalidad que mueve a las almas en trance de creación artística, en esta en que ahora nos encontramos, el afán de hacer algo nuevo, desemejante de todo lo anterior, precipita a los poetas en un verdadero caos, y si ellos se pueden quedar tan tranquilos con un «Ahí queda eso», no cabe pensar lo propio de los lectores, que han de romperse en muchos casos los cascos para descubrir o vislumbrar al menos, la intención del autor.

Observa nuestro colaborador D. Pedro Caba en su a modo de prólogo a **El año cecero** (1), de D. Jesús Delgado: «Aquí mana la poesía del único canchal de donde mana fresca y limpia, del corazón». Pues si mana del corazón—y es esta una verdad tan vieja como el mundo—¿cuándo estuvieron nunca en el corazón esas a especie de fórmulas algebraicas, esos jeroglíficos o enigmas, que ya los quisiera para sí la Esfinge, que se nos ofrece hoy bajo el lenguaje rítmico? Y una de dos, o la poesía nace del corazón, de lo que hemos creído siempre que es el corazón, como todo hijo de su madre y del sol la luz natural que nos alumbraba, en cuyo caso es principalmente función del sentimiento el enfrentarse con un libro de versos, o nace de la mente, en un regusto de enigmáticas fórmulas, y es a la mente también, apoyados los codos en la

(1) San Sebastián, 1950.

mesa y tensa la atención, como quien va a resolver una ecuación de tercer o cuarto grado, a la que corresponde descifrar ese misterio lírico, que en el mejor de los casos, no es tal misterio, sino un preconcebido juego de palabras sin alcance, ni sentido racional alguno.

Mas ¿cómo es posible que para gozar de una poesía haya que detenerse a comprenderla, como ha de hacer un estudiante de Matemáticas para resolver un problema? Yo me imagino a un público que rompe en un «¡Oh!» de admiración ante la quema de unos fuegos artificiales, pero no me lo explicaría si para lanzar tal exclamación de asombro, de gozo, etc., tuviera que empezar por ir a una fábrica de pirotecnia a ver cómo se hacen los cohetes, las tracas, los castillos y demás figuras de esta clase.

Cuando Antonio Machado nos dice en un delicioso susurro lírico (1): «Anoche, cuando dormía,—soñé, ¡bendita ilusión!,—que era Dios lo que tenía—dentro de mi corazón», y Enrique de Mesa: «No siento la materia:—es aire y luz mi pensamiento limpio.—De la carne desnudo,—lleva al viento el espíritu.—¿Vas bien?... No me responde.—Como el humo en el aire se ha dormido—¡Ay, deleitosa carga,—de mi cansancio alivio!» y Heine: «...Vete en seguida a casa un cordelero—y cómprame un cordel seguro y fuerte;—vuelve despacio en tu corcel ligero—y no me digas más: sé que es la muerte». ¡Cómo vibran las cuerdas de nuestra sensibilidad! No ha sido necesario apoyar los codos sobre la mesa y poner tirante nuestro entendimiento. Ha bastado leer. Y simultáneamente a la lectura habremos sentido que algo así como un tibio óleo nos ha bañado dulcemente el pecho.

¡Qué lástima que esos terribles señores que se llaman «imperativos de tiempo y espacio» nos priven de continuar esta glosa por los derroteros que nos habíamos trazado!

El año cero, es el primer libro de versos que nuestro dilectísimo amigo Jesús Delgado acaba de dar a la imprenta. Delgado Valhondo es suficientemente conocido de nuestros lectores. Su valiosa firma ha sido estampada al pie de muchos trabajos en verso o en prosa aparecidos en «ALCÁNTARA». Se ha dicho y con razón, que en la II Asamblea de Estudios Extremeños este singularísimo poeta recibió el debido espaldarazo. No se trata, pues, aunque este sea el primer libro de versos que publica, de un poeta primerizo o novel, que no se hubiera acercado hasta ahora, con su flamante bagaje lírico, a los lectores. Algunas de las inspiradas composiciones que ha recogido bajo el título ya mencionado, enriquecen al presente las páginas de esta Revista.

La principal característica de Delgado es la sobriedad. La línea melódica de sus poesías no tiene más notas que las necesarias para expresarse. Esta que pudiéramos llamar desnudez formal, impone al poeta una mayor carga de lirismo, de poesía interna, a cuyas expensas se nutra la atención y disfrute del lector. Cuando el substantivo renuncia a toda adjetivación o si echa mano de ella, es con parquedad, ha de contener mucha sustancia lírica, pues de lo contrario, la ausencia de valores intrínsecos y la sobriedad de la forma, harán que el verso resulte ñoño y desvaído, sin empaque ni bazarria alguna.

El pensamiento y el corazón de este poeta están atravesados de humorismo unas veces y otras de franca intención burlesca. El contraste que forman estos dos elementos y la vena lírica grave, no son ciertamente aspersiones o rociadas que enfríen el interés de la lectura, sino cambiantes reflejos con que se exterioriza, a través de los versos, el alma del poeta. Estos choques ideológicos y afectivos son muy propios del escepticismo. Cuando se cree profunda y arraigadamente en las cosas, el pensamiento y la sensibilidad pueden adoptar formas graves. La burla es como un estilete con el que atravesamos todo aquello que no está sólidamente fijo en nuestra conciencia. *Noche cocida, Al sepulturero, La bruja, Autopsia, Canciones*, ofrecen con más o menos intensidad y alcance, los contrastes confirmatorios de tales estados del ánimo.

Las composiciones que atestiguan con más recia el temple lírico de Delgado, que desenvuelven con mayor riqueza de tonos todo el paisaje interior de este poeta, son, a nuestro juicio, *Aire, Noviembre*, cuyo ramalazo de lirismo al final tan honda huella deja en el lector, *Olivos, Camposanto, Soledad, Peregrino, ¡Señor! ¡Señor! ¡Tierra y Dolor florido*. En cualquiera de estas poesías discurre copiosamente la vena lírica de Delgado. Son frecuentes los relámpagos de inspiración o los atisbos poéti-

(1) Atestiguo con poetas modernos, que no desagradarán del todo a sus flamantes compañeros de hoy. No quiero que se me tilde de clasicista, ni de erudito, con el alma un poco acartonada.

cos, que no llegan a sazonar del todo, pero que palpitan con savia vigorosa bajo el cendal del verso.

Audacísimo en las imágenes rompe con todo, incluso con la razón. Una de las singularidades más notorias de la poesía actual, es esta de tener sojuzgada a la razón. Jamás hubo una mayor libertad para moverse en este orden de cosas. Y si se nos dijera que existe un hilo muy fino, casi imperceptible, que une tales imágenes con el mundo de la racionalidad, ¡qué escaso, por no decir nulo, nos parece el valor poético de dichas representaciones! «Resbala la siesta grande—por la palma de la mano». «Una cigarra siega el fémur de la luz, que bebe el campo». Además de que estos versos son oscuros y hay que detenerse a considerarlos, ¿qué rastro dejan en nuestra sensibilidad?

«El sol está evaporándose—como una gota de pus»... «para este día en que supura el alba»... Nos parecen reprensibles. No dudamos en rechazarlos en nombre de la poesía. ¿A quién que tenga buen gusto se le ocurrirá comparar las perlas con las gotas de pus, ni el pan de centeno con la boñiga? Y sin embargo, no cabe discutir que existe cierta semejanza entre estas cosas. Pero no son metales fusibles que debamos vaciar en la turquesa del arte. Tales crudezas, en nuestro parecer, frustran toda emoción estética, como la llaga cancerosa de Blanca de Castelo, el amor humano de Raimundo Lulio. Ya Horacio clamó contra estos descarrios en su *Epístola a los Pisones*. Veámoslo a través de estos versos de Iriarte.

Ni decir indecencias de Truhanes
o socces dicterios y baldones;
que aunque esto es lo que agrada
a los que compran nueces y tostones,
nunca lo escucha con paciencia el gremio
de gente bien nacida y bien criada,
como dignos de aplausos, o de premio.

Referíase Horacio a la escena, ¿mas no se descubre en esta reconvención su enemiga respecto de toda frase o palabra que venga a aplebeyar o menoscabar el arte?

Delgado mide bien el verso. No es cosa fácil señalarle descuidos o distracciones a este particular.

Si la angostura en que hemos de movernos—tan incompatible con nuestro estilo dilatorio—no impusiese brevedad a estas glosas, notaríamos otros aspectos sobre la lírica de Delgado Valhondo; aspectos que hemos de dejar por fuerza en el tintero, en espera de futura ocasión propicia de señalarlos.

Como resumen o síntesis de cuanto queda dicho, proclamamos: Que Jesús Delgado, con y sin espaldarazo, es un poeta muy estimable, si bien, por rendir tributo a la moda imperante, presenta a la crítica más de un punto flaco. Que por esta circunstancia, en vez de suscribir por entero sus poesías, suscribiríamos fragmentos de ellas, ya que al lado de versos de impecable hechura, hay otros que ni por el contenido ni por la forma baten sobre nuestra sensibilidad el áureo aldabón de los poetas. Que uno de sus rasgos más salientes es el vivo contraste que lo serio, de una parte, y lo humorístico y lo burlesco, de otra, forman en sus versos, y que la sencillez de su ropaje lírico, denota su natural inclinación, como la de casi todos los poetas actuales, hacia la poesía pura.

PEDRO ROMERO MENDOZA

